

que hubiese efusion de sangre, echó tambien estavez por tierra todas las medidas del ejército, y parece fuera de duda, que ni por un momento habria autorizado que hiciese uso de sus armas, sino en caso de que le hubiese sido indispensable para repeler los ataques de los insurgentes [1].

Pero en la misma noche del día que dejamos citado, se recibió la noticia del verdadero estado de las cosas, esto es, de que habia caído en poder de los sediciosos la Bastilla, que se hallaba insurreccionado Paris, que las guardias se habian declarado en una completa rebeldia, y que se mantenian en una absoluta inaccion los cuerpos de línea. La Asamblea, que se habia conservado en sesion permanente durante los dos dias anteriores, se puso en conmocion al recibir estas noticias. Se propuso enviar otra diputacion al rey, pidiéndole con instancia que diese orden de que se retirasen las tropas. "No," dijo Clermont Tonnerre, "degémosles por esta noche que deliberen; bueno es que la experiencia enseñe á los reyes, así como instruye á los particulares. El duque de Liancourt tomó á su cargo el penoso deber de poner en conocimiento del soberano lo acaecido, y con tal fin se dirigió á media noche á su aposento. "¿Qué motin!" dijo el rey despues de un largo rato de silencio.

(1) Mig., I, 63. Th., I, 96, 97. Toul., I, 7., 77. Lac., VI., 94, 97, 98.

"Señor, decid mas bien; ¡qué revolucion!" le contestó el duque [1].

Viendo el rey que toda resistencia era inútil, en vista de la defeccion de las tropas, se resolvió inmediatamente á ceder, paso que le libertaba de la horrible inquietud que tenia, de que fuese á correr sangre por su causa. En la mañana del siguiente dia se trasladó á la Asamblea sin escolta ni séquito, y acompañado solamente de sus dos hermanos. Fué recibido con el mas profundo silencio. "Señores, dijo, he venido á consultaros sobre asuntos de alta importancia; los es-

(1) Durante los acontecimientos mencionados, habia estado la Asamblea en el mayor estado de agitacion. Cada hora habian estado llegando de Paris, las mas alarmantes noticias; entregados á la mayor ansiedad, no se habian separado los miembros del salon de sesiones. Oian distintamente el estallido de la artillería, y aplicaban al suelo sus oidos para escuchar el menor eco. En el trascurso de veinte y cuatro horas, nada menos que cinco comisiones se despacharon sucesivamente al rey, quien estaba dominado de igual irresolucion, y de tanto terror al considerar la sangre que se vertia, como los diputados mismos. Pero nada podia intimidar á la audaz energia de Mirabeau. "Haced presente al rey," dijo á la última comision que se le envió, "que ayer fueron á visitar, y á prodigar elogios, la princesa y el príncipe, á esas cuadrillas de estrangeros que nos rodean, y que de ellos recibieron obsequios y caricias. Decidle que toda la noche, en su palacio, hasta esos mismos satélites estrangeros, han estado vaticinando, entregados á la embriaguez, que volveria á su anterior esclavitud la Francia, y haciendo votos por la destruccion de la Asamblea. Decidle que en su propio palacio, los cortesanos han bailado al eco de infames cantinelas, y que iguales fueron los preludios de la matanza del dia de S. Bartolomé."

pantosos desórdenes que se han cometido en la capital, exigen una consideracion detenida. En estos momentos de calma, es cuando el gefe de la nacion viene, sin guardia, á deliberar con sus leales diputados, sobre los medios que deban adoptarse para que la tranquilidad se restablezca. No ignoro que desde hace algun tiempo se propagan los mas injustos rumores con relacion á mis intenciones, y que se ha dicho, que hasta vuestra libertad individual estaba en riesgo; yo creia que mi carácter bastaria para destruir esas calumnias. Por única respuesta á ellas, me he trasladado, solo, á vuestro seno; desde ahora me declaro invariablemente unido á la nacion; y, confiando en la lealtad de la Asamblea (1), he dado mis órdenes para que se retiren las tropas que ocupan á Versalles y á Paris, y os pido que hagais saber á la poblacion de la capital mis disposiciones."

A esa declaracion popular siguieronse inmensos aplausos; los miembros de la Asamblea, por un movimiento espontáneo, desocuparon sus asientos y acompañaron al monarca á su palacio. Despachóse inmediatamente á Paris una comitiva con la noticia de este fausto suceso, que produjo una pasajera calma en aquella poblacion turbulenta. Nombróse á Bailly corregidor de la ciudad, y á La Fayette comandante en gefe de la fuerza armada [2].

El 17 salió de Versalles el rey, acompañado

(1) Toul, I, 79. Th., I, 105.

(2) Th., I, 106. Mig., I, 67.

Visita á Paris el monarca. Julio 17.

de una escolta poco numerosa y de una escasa comitiva, con el objeto de visitar la capital, en la cual tenia cifrada toda su esperanza.

Una parte considerable de los miembros de la Asamblea lo acompañó á pie; este séquito se fué aumentando por el camino, con un concurso que llegó á hacerse inmenso, de aldeanos armados de guadañas y de porras, que les daban un aspecto grotesco y revolucionario. Separóse de él la reina con el mas vehemente pesar, creyendo que jamas volveria ya á verle. En la mañana habia recibido aviso de que se intentaba asesinarle por el tránsito, pero no le hizo variar de resolucion esta noticia. La marcha, entorpecida por aquel extraño acompañamiento, se prolongó por espacio de muchas horas, durante las cuales tuvo el rey que apurar, gota á gota, las mas amargas gotas del infortunio. Recibióle á las puertas Bailly, á la cabeza de la municipalidad, quien presentándole las llaves de la ciudad, le dijo: "Aquí tiene V. M. las mismas llaves que se presentaron á Enrique IV. Entró á la ciudad como conquistador de su pueblo, pero ahora el pueblo es el que ha conquistado á su soberano." Adelantóse Luis al palacio municipal en medio de cien mil hombres armados por lo menos, y bajo un arco formado de sables cruzados. Todos los individuos que componian aquella inmensa muchedumbre, tenian escarapelas de los tres colores que tenia el nuevo pabellon nacional.

En el Puente Nuevo atravesó el rey por me-

dio de un aparato formidable de artillería, però en la boca y en el fogon de cada pieza habian colocado una girnalda de flores. Unos cuantos gritos de *viva el rey!* hirieron los oidos del infortunado monarca; los de *viva la nacion!* eran mucho mas numerosos; pero cuando apareció á la ventana del palacio municipal con la escarapela tricolor al pecho, retumbó el aire con una tempestad de aplausos, y regresó el rey á Versalles en medio de las mas patéticas manifestaciones de afecto público [1].

El dia de la entrada del rey á Paris, fué el en que comenzó á verificarse la emigracion de la nobleza. Los miembros del partido aristocrático exagerado, viendo que sus medidas de rigor, venian por tierra; temieron los efectos del resentimiento popular; y empezaron á salir de Francia. El conde de Artois, el príncipe de Condé, el de Conté, el mariscal de Broglie y toda la familia de los Polignacs, se ausentaron con precipitacion, y llegaron sin contratiempo alguno á Bruselas; fatal ejemplo de desercion que inmediatamente imitó la nobleza bastarda, y produjo las mas desastrosas consecuencias. Pero lo mismo aconteció en todos los cambios que la revolucion fué presentando. Los corifeos del partido realista fueron en aquella época los primeros que propusiesen la adopcion de medidas violentas, y los que menos contribuian á sostenerlas, cuando encon-

(1) Lac., VII, 105, 109. Th., I, 105, 109. Toul. I, 82, 83. Burke, V, 139.

traban una oposicion vigorosa. Perdieron las simpatias del mundo que contemplaba con dolor su caida, cuando se echó de ver que eran indignos de la encumbrada posicion social que ocupaban [1].

Habiendo sido acusado por la Asamblea todo el ministerio, siguió el ejemplo de la nobleza huyendo del pais, y se llamó á Francia á Necker y demas caudillos populares que estaban ausentes. El propio que llevaba á Necker orden para su regreso, lo encontró en Basilea, donde se hallaba de tránsito para el lugar de su nacimiento. Su viage, hasta llegar á Paris, fué una continuada serie de aclamaciones. Por todas partes se le hicieron demostraciones de la gratitud mas vehemente; pero su entrada en Paris fué, no solo el apogeo de su popularidad, sino el fin de ella. Parecia tener un presentimiento de su caida, porque al llegar á la habitacion que debía ocupar en Versalles, exclamó, dirigiéndose á uno de sus amigos: "Llegó por fin mi postrer momento [2]."

Esperábase una triste prueba de lo imposible que era á ministro alguno, por mucho prestigio que tuviese, contener la frenética efervescencia de la plebe. Mucho tiempo hacia que se veian fijadas en las puertas del palacio real tremendas listas de proscripcion, á la cabeza de las cuales

Asesinatos  
de Foulon y  
Berthier.

(1) Mig., I, 63. Toul., I, 83. Th., I, 108.

(2) Toul., I, 85. Mig., I, 63.

figuraba el nombre de Foulon, anciano de mas de sesenta años de edad, á quien se habia elegido para ser uno de los miembros del ministerio que habia sucedido á Necker, pero que no llegó á desempeñar sus funciones. Prendiéronle en el interior, y le trageron á Paris con las manos atadas á la espalda. El pueblo, impa-

Julio 22.

ciente por tomar venganza, no quiso esperar á que se le juzgara y sentenciase; arrojóse al despacho de la comision, donde sufría el preso su interrogatorio ante La Fayette y Bailly, y á pesar de los esfuerzos que hicieron éstos para libertarle, fue arrebatado de sus brazos por la muchedumbre y colgado de un farol. Dos veces se reventó la cuerda de que se le colgaba, y cayó en tierra el desventurado agonizante en medio de la turba, y otras tantas se volvió á colgarle en medio de estrepitosas risotadas y de bulliciosos silvidos. Con semejantes actos horrorosos de perversidad comenzó en Francia la regeneracion del cuerpo social [1].

Berthier, yerno Foulon, corrió en breve la misma suerte. Fué arrestado en Compièna, y despues de haber sufrido los mayores ultrages en el camino, le condugeron al palacio municipal donde la muchedumbre le enseñó á su padre político que arrojaba todavia torrentes de sangre. Apartó sus ojos de aquel espectáculo, pero persistió la turba en aproximarle al rostro el

(1) Lac., VII, 117. Mig., I, 63. Th., I, 115, 117.

cadáver, y entonces hizo un ademan de acatamiento á aquellos restos inanimados. Los esfuerzos de La Fayette y de Bailly fueron por segunda vez infructuosos; apoderóse la turba de la víctima, y la arrastró hácia el pié derecho del farol; pero al ver la cuerda con que le iban á ceñir el cuello, Berthier, poseido de indignacion, arrebató el fusil á un guardia nacional, se arrojó sobre sus asesinos, y cayó traspasado por un sin número de tiros. Uno de aquellos canibales se abalanzó sobre el cadáver, le desgarró el pecho, y arrancándole el corazon, lo llevó en triunfo, palpitante todavia. Las cabezas de Berthier y Foulon fueron colocadas á la estremidad de una pica, y paseadas por las calles de Paris en medio de una inmensa muchedumbre [1].

Necker, horrorizado de estos sanguinarios excesos, solicitó y consiguió de la Asamblea de electores de Paris, que se promulgara una amnistia general en favor de los reos políticos. El principal obgeto que le condujo á dar este paso, fué el de salvar la vida al baron de Besenval, segundo en mando del mariscal de Broglio, que habia sido en otro tiempo su contrario en política, y á quien generosamente, á riesgo de su propia vida, habia libertado del furor del pueblo en su tránsito de regreso de Basilea, á poca distancia de Paris. Pero, al influir en que se dictase esta benéfica medida, echó de ver por la primera vez Necker, la imposibilidad que habia ya de contener á la revolucion, y se convenció

(1) Lac., VII, 117, 118. Toul., I, 86. Th., I, 117.

de cuan inconsistente es el cimiento en que se funda el poder del pueblo. Los esfuerzos fueron infructuosos. Al dia siguiente puso el asunto Mirabeau ante la consideración de la Asamblea. "¿De qué procede," dijo, "¿de qué procede que la municipalidad, á presencia casi de la Asamblea, se ingiera en decretar amnistía, respecto de delitos políticos? Se puede perdonar á Necker ese acto generoso pero indiscreto, que se habria reputado por criminal, si hubiese provenido de cualquiera otro; pero, con mas calma que él y con tanta humanidad como la suya, establezcamos el órden público, no concediendo amnistias generales, sino haciendo una justa distincion entre las funciones judiciales y las de la muchedumbre." La Asamblea, de consiguiente, revocó el decreto de los electores de Paris, y de este modo tuvo la venganza política amplio campo en que desarrollarse [1].

Las consecuencias que produjo la insurreccion del 14 de Julio, fueron inmensas. Comunicóse el movimiento de Paris á las provincias; por todas partes las clases ínfimas, imitando á la capital se organizaron en corporaciones independientes, sujetas á sus municipalidades respectivas, y establecieron guardias nacionales para su defensa. La causa inmediata de este extraordinario armamento, provino de los alarmantes rumores que por toda la Francia se propagaron

(1) Lac., VII, 122, 127. Mig., I, 68, 69. Th., I, 119.

sobre que estaba introduciéndose en el pais en todas direcciones una multitud de foragidos que intentaban destruir las cosechas, estratagema de que se sirvieron con el éxito mas brillante los gefes de la Revolucion, á fin de crear en el reino una fuerza armada de que pudiesen hacer uso (1).

Inmediatamente se alistaron trescientos mil hombres para sostener al partido del pueblo; la influencia del gobierno y el poder de las armas pasaron simultáneamente á manos de la plebe. Los nuevos magistrados fueron nombrados por la turba, y de consiguiente fueron elegidos para egercer estas funciones los mas fervorosos defensores de los derechos populares; su autoridad era únicamente respetada. Los antiguos funcionarios, viendo que ya no tenian autoridad alguna, fueron desapareciendo por todas partes, y en menos de quince dias no se conocian en Francia otros poderes que los que emanaban del pueblo [2].

Pero los efectos que produjo esta Revolucion en el órden social fueron altamente lamentables desde el principio. Declaráronse por todas partes los cuerpos de línea en favor del partido del pueblo, se hizo de armas el populacho, y en ninguna parte quedó poder alguno que contuviese la insurreccion de las clases ínfimas. En Caen y otras varias ciudades se imitaron con la misma atrocidad que en la metrópoli, las matanzas que en

(1) Th., I, 126.

(2) Mig., I, 69, 70. Toul., I, 97.

ella se cometieron. El Sr. de Belzunce, por haber querido refrenar las demasías del regimiento que mandaba, fué muerto con una crueldad refinada, y sus restos fueron materialmente devorados por sus asesinos (1). Por todas partes se levantaron los campesinos armados, atacaron é incendiaron los castillos de sus señores, y espulsaron á éstos ó los asesinaron. Los horrores que se cometieron en tiempos pasados durante la insurreccion de la Jaqueria en la época de Carlos III, se perpetraron mas en grande y con mayor atrocidad. En el esceso del frenesí que los dominaba, no respetaban ni aun á los señores que eran notoriamente afectos á la causa del pueblo, ó que habian hecho los mayores esfuerzos por minorar sus padecimientos ó sostener sus derechos. Hacian padecer los tormentos mas crueles á las víctimas que caian en sus manos; muchos hubo á quienes se tostaron á fuego lento las plantas de los piés, antes de inmolarlos; quemábase á otros el cabello y las cejas, en tanto que sus propiedades eran destruidas, y concluida esta operacion, se les ahogaba en el estanque mas inmediato. El marques de Barras fué hecho menudo picadillo delante de su muger, que estaba muy adelantada en su preñez, y que murió á poco, del horror que le causó el suplicio de su marido; veíanse poblados los caminos de hermosas jóvenes de ilustre cuna, que huian de la muerte llevando de la mano á sus ancianos pa-

(1) Lac., VII, 139.

dres. Entre los ayes de la agonía, y á la luz de los incendios, nació la libertad en Francia (1).

La Asamblea promulgó diversos y enérgicos decretos contra estos actos de violencia, pero no logró en manera alguna reprimirlos. Es necesario convenir en que se hallaban tan comprometidos los miembros de aquella corporacion en la lucha que sostenian contra el trono y la aristocracia, que en vez de que les causase dolor, se regocijaban en secreto de las atrocidades que se cometian, porque las consideraban necesarias para que se acabasen de amilanar sus adversarios. Veian que se habian colocado en posicion tal, que era necesario, ó que temiesen á la nobleza, ó hacerse temer de ella; de suerte que para salvar las apariencias, tenian que reprobar en alta voz aun cuando para sí aplaudiesen, que deshacerse en alabanzas respecto de las autoridades constituidas, aunque simuladamente alentasen al pueblo al desenfreno. La consecuencia que ordinariamente produce toda usurpacion por vias violentas, es la de compeler á los hombres á sumergirse mas y mas en el torrente revolucionario, y á cometer enormes crímenes, para salvarse de los resultados que pueden atraer sobre, ellos los de menor cuantía que anteriormente perpetraron (2).

Y no se limitaban estos desórdenes á las provincias. Reinaba en Paris tal con-

Miseria y hambre  
que se padecieron  
en Paris.

fusion, era tan grande el descontento que originaba el crecido nú-

(1) Lac., VII, 130, 132. Th., I, 127. Chateaus., Mem., 3, 84.

(2) Dumont, 133, 134.

mero de autoridades que funcionaban en los mismos ramos simultáneamente; el abasto de víveres era tan precario, que tuvieron que hacer inmensos esfuerzos Bailly y la municipalidad, para que no semuriesen de hambre en las calles los individuos del pueblo. Multitud de sastres, zapateros, panaderos, herreros y otros, se reunían en el Louvres en la plaza de Luis XV y otros puntos, á deliberar sobre los negocios públicos, y á prorumpir en imprecaciones contra la casa consistorial y el municipio. Bailly, en union de los miembros de la comision de subsistencia pública, se ocupaba noche y dia en la penosa tarea de proveer á las necesidades de los ciudadanos. Con la general confusion habia carencia absoluta de las cosas indispensables al sustento, porque los labradores temian traer sus granos al mercado, porque no se los fuese á arrebatár sin ninguna retribucion la despótica muchedumbre; de suerte que en poco estuvo que la muerte por hambre fuese el primer fruto recogido por el pueblo en su triunfo. Los funcionarios públicos tenian que proveer á todo, y hacerlo todo por sí mismos; mandaron comprar, á los agentes que en el interior tenian, un considerable acopio de semillas que fueron conducidas á Paris, como si hubiese sido una ciudad que esperase un sitio, en inmensos convoyes escoltados por regimientos de caballería. Mandáronse moler á espensas del erario y vendiéronse á precios equitativos á los ciudadanos; pero era tal la inquietud de la plebe, que no bastaban tantos desvelos para calmarla, y se dirigian á la Asamblea incesantes

quejas sobre que estaban pereciendo de necesidad los ciudadanos. Por grandes que fueron los esfuerzos impendidos por el gobierno, con nada pudo suplir esa eterna fuente de abundancia y de prosperidad, que forma la tranquilidad pública (1).

A pesar de todos los desvelos del gobierno, llegó la miseria á su colmo en Paris, y se hizo imposible remediarla á la municipalidad, y á la poblacion sobrellevarlo. Hallábanse paralizadas las fábricas, habia cesado completamente el consumo que hacian las clases ricas de la sociedad, y los numerosos artesanos que de ellas dependian, por el gran espendio que tenian sus productos á consecuencia del lujo, se encontraron reducidos á la última miseria. Las autoridades del pueblo se veian en la necesidad de echar mano de cuantos fondos podian reunir para minorar estas calamidades; pero este alivio era momentáneo, y despues de agotar su crédito y de aumentar las deudas que ya gravitaban sobre el erario, se veian obligados á ocurrir á la asamblea nacional con la trillada cantinela de que se habian agotado los recursos y de que Paris, como primera consecuencia de su regeneracion política, se encontraba al borde de su ruina (2).

(1) Th., I, 111.

(2) "En el mes de Julio de 1789, decia Bailly, corregidor de Paris y autor del juramento del juego de pelota, las rentas de la ciudad de Paris se encontraban aun en buen estado; los gastos igualaban á las entradas, y quedaban todavía 1.000,000 de francos en el banco. Pero los desembolsos que se tuvieron que hacer despues que estalló la revolucion, ascendieron á 2.500,000 fran-

La Fayette y los demas oficiales de la revolucion, tuvieron mas fortuna en los esfuerzos que impendieron para llegar á establecer una fuerza civil suficiente. En las conmociones revolucionarias se obtiene con mas facilidad una organizacion militar cualquiera, que la restauracion del órden civil. Incorporó La Fayette á la guardia nacional las guardias francesas, cierto número de las suizas, y la masa inmensa que formaban los desertores de los cuerpos de línea, y compuso una fuerza que, bajo la denominacion de compañías del centro, le sirvió al cabo para contener los excesos del pueblo. Uniformó á estas tropas con los colores de la escarapela parisien- se que era azul y encarnada, unió el blanco que era el distintivo de la familia real, y de este modo formó la *escarapela tricolor* que debía, segun lo predijo, dar vuelta al globo (1).

A las atrocidades de que dejamos hecha mencion, se siguieron varios actos de la asamblea nacional que no tienen ejemplo. En la noche del 4 de Agosto, el duque de Noai-

Renuncian los nobles los derechos feudales.  
Agosto 4.

lles abrió la puerta á las innovaciones, proponiendo que gravitase sobre todos con igualdad, el gravámen de los impuestos, que se declarasen redimibles todos los derechos feudales, y que que-

---

ricos en solo un año. A consecuencia de este gasto, y á o mucho que se han disminuido los donativos voluntarios, se ha operado, no ya una falta parcial, sino absoluta de numerario."—Véase Burk's Consid., Works, V, '31.

(1) Th., I, 112, 113.

dase absolutamente abolida la servidumbre. Esta concesion, aun cuando era muy avanzada y se fundaba en la justicia y en la conveniencia, estaba muy distante de dejar satisfecho al partido popular. Hizo una triste pintura de la opresion que se egercia en el pueblo, en virtud de los derechos feudales, y existió la generosidad de los nobles á fin de que hiciesen una abdicacion voluntaria de sus prerrogativas. Comenzaron, como no era de esperarse, á atacarse unas clases á otras, presentando proposiciones para la estirpacion de los abusos, y se generalizó el contagio; en el trancurso de unas cuantas horas quedaron abolidos todos los derechos feudales. El duque de Chatelet propuso que se declarasen redimibles todos los diezmos, y que se conmutasen en exhibicion pecuniaria; el obispo de Chartres pidió la supresion del privilegio esclusivo de la caza. Sucesivamente se fueron cediendo los derechos mas importantes de la jurisdiccion feudal en materias criminales; se abolieron la compra y venta de los cargos públicos, las inmunidades pecuniarias, la desigualdad en los impuestos, la multitud de beneficios que tenia el clero y sus emolumentos eventuales, y finalmente los derechos de anata que se pagaban á la corte de Roma: hicieron el sacrificio de sus prerrogativas las corporaciones y las clases privilegiadas. Los bretones, borgoñeses y langüedocios, renunciaron aquellos derechos que con tanto teson sostuvieron contra la tiranía de Richelieu y de Louvois. Todos los monumentos de libertad erigidos por el patriotismo